

---

8

# La Palma.

SEMENARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

---

DOMINGO 22 DE NOVIEMBRE DE 1840.

---

## LA LAMPARILLA.

1732.

---

### ROMANCE SEGUNDO.

Un año ya ha transcurrido,  
El mes de noviembre ha vuelto;  
Y las horas de la noche  
Cuenta el reloj á su tiempo.  
Mas no en las desiertas calles  
Reiná profundo silencio:  
Con furiosos resoplidos  
Desatado brama el viento,  
Y sus ráfagas se estrellan  
En los muros reverendos  
Del magnífico edificio,  
Como en los del pobre templo.  
De vez en cuando llovizna:  
Chorros mas copiosos luego  
Empiezan á desprenderse  
De los tendidos aleros.  
Bajo un ancho saledizo,  
Coje el súbito aguacero  
A un alcalde y dos corchetes,  
Que la ronda están haciendo.  
Apénas escampa, cuando  
Con suplicantes acentos,  
Retirémonos, decia  
El alguacil mas provector,  
Hombre de mezquina estampa,  
Langaruto, macilento,  
Tan provisto de conciencia  
Como de carne en su cuerpo,  
Y eso que si despojasen

Su triste armazon de huesos  
Del leve forro de cútis  
Quedara mondo esqueleto;  
Cubierto de un peluquin  
En cofia de red envuelto  
Y blanco birrete encima,  
Y encima negro sombrero:  
Colgada de la pretina  
Una espada lleva, objeto  
No se sabe, si de estorbo,  
De defensa ó de ornamento,  
Y en la mano un bastoncillo,  
Insignia de aquel empleo,  
Vara de medir espaldas,  
Caña de pescar dinero.  
Con una linterna sorda  
Le precede un compañero,  
Mozo de baja estatura,  
De anchos hombros, y buen rejoy:  
Sus cejas entretejidas  
Pobladas de rojo pelo,  
Y metidos sus dos ojos  
En dos hondos carcabuezos.  
Por aquí, dice el alcalde  
Al corchete delantero  
Queriendo enfilear á tientas  
Un callejon muy estrecho.  
Señor! señor! Virgen santa!  
Esclama azorado el viejo,  
En tal noche, y á tal hora?...  
Seria un desman horrendo.  
No sabeis que el alma en pena...?  
= Qué alma en pena, ni qué cuerno  
Repone el bermejo guia;  
Bah! camina majadero.  
= Yo la he visto. = Patarata.  
Tú la viste? tú? Apuesto  
A que en tal sazón olia  
A bodega tu resuello.  
= Animas del purgatorio!  
Es un herege, un blasfemo.  
Si la santa Inquisicion



Echa el guante á tu pellejo?...  
 Al oír tal nombre emudece  
 El arrojado mancebo,  
 El labio inferior se muerde,  
 Y hace un malísimo gesto.

Entonces el visionario  
 Se para, tiembla, y volviendo  
 El semblante compungido  
 Al alcalde; Bien me acuerdo,  
 Le dice, oh! esa horrasca  
 Es de formidable agüero.  
 Era una noche nublada,  
 Hoy hace un año completo.  
 Que cerrazon tan obscura!  
 No pudiera ver mis dedos:  
 Mas negra que la ropilla,  
 Que bajo esa capa llevo.  
 En ese callejon mismo  
 Me hallaba al extremo opuesto,  
 Cuando ví que relumbraba  
 Una centella de fuego,  
 Y zas; en el mismo instante  
 Cayó de la plaza en medio  
 Un fantasma todo blanco,  
 Como cae un tronco muerto.  
 No era cosa de este mundo,  
 Pues que en el propio momento  
 Se estinguió la lamparilla  
 Que alumbra al retablo viejo,  
 Y dejó un pábilo humoso  
 Con un resplandor siniestro,  
 Como deben de lucir  
 Los tizones del infierno.  
 Yo me santiguaba á prisa  
 Como el que está rayos viendo;  
 Quise moverme, y no pude  
 Cual si fuese ya de leño.  
 Parecióme entre la sombra  
 Divisar un bulto negro,  
 De estatura gigantesca,  
 Vagando en torno del muerto,  
 Y qué luego se escondia  
 En aquel recinto estrecho  
 Donde estuvo la morada  
 Del caudillo comunero.  
 Y habia un fantasma blanco  
 Que le salia al encuentro,  
 Y los dos desaparecian  
 Con misterioso silencio,  
 Y el blanco torna, y formando  
 Un rumorcillo ligero  
 Se ensanchaba y encogia  
 Cual los fuelles de un herrero.  
 Tal terror, tan crudo espanto  
 Se apoderó de mi pecho,  
 Que como el de un azogado  
 Temblaba todo mi cuerpo.  
 Sin un farol! allí! á obscuras!

Era aquel un trance horrendo;  
 Hasta clarear el día  
 Dejar no pude mi puesto.  
 Con la venida del alba  
 Se me descolgó aquel miedo,  
 Registré las cercanías,  
 Y nada hallé de provecho.  
 Tres dias despues contaron  
 Que maese Roque el mantero  
 Habia desaparecido  
 Sin saber su paradero.  
 Y habrá un mes que una vecina  
 Me refirió tales cuentos,  
 Que se cuajaba mi sangre,  
 Y erizaba mi cabello.  
 Diz que silencioso bulto,  
 A manera de un espectro,  
 Va cruzando algunas noches  
 Por los contornos aquellos:  
 Que á veces revolotea  
 O se arroja por el suelo,  
 Que no hay valiente que tenga  
 Para acercársele aliento.  
 Que oyen confusos gemidos,  
 Que oyen rumores siniestros:  
 Que la lámpara bendita  
 Se apaga sin haber viento;  
 =Pues á mí no me acobardan  
 Tus fantasmas y embelecos;  
 Con arrogancia briosa  
 Salta el alguacil bermejo.  
 Y blandiendo un buen garrote,  
 Y bebiéndose el aliento,  
 Se levanta de puntillas,  
 Estira todos sus miembros,  
 Y volviéndose al alcalde  
 Añade: señor, marchemos;  
 Sin duda ese pobre diablo  
 Tenia los ojos hueros.

Pensativos, y rumiando  
 Aquel relato estupendo,  
 Con el asombro en el alma,  
 Con el temblor en el cuerpo;  
 El alcalde y el corchete  
 Su camino van siguiendo  
 Por do el intrépido guia  
 Los conduce á su despecho.  
 Al embocar la plazuela  
 Va su pavor en aumento,  
 Muerta está la lamparilla,  
 Y un chillido se oye luego.  
 Encima de sus cabezas  
 Suena veloz aleteo;  
 Virgen del Carmen, valedme!  
 Grita el apocado viejo,  
 Y sus rodillas flaquean.  
 —Vaya, que eres de provecho!  
 No ves que es una lechuza



Que espantada deja el cebo?  
 Otro rumor se percibe:  
 Y el de la linterna luego,  
 Parando atencion, esclama,  
 —Quién va allá? con voz de trueno.  
 Solo un gemido responde:  
 Del farol el brillo intenso  
 Un óvalo prolongado  
 Pinta en el mojado suelo;  
 Y despues á un negro bulto  
 Su resplandor dirigiendo  
 Descubren un rostro humano  
 Que sus ojos cierra luego.  
 Cual vision del otro mundo  
 Se presenta á los dos viejos,  
 Y el descreido ministro  
 Le agarra por el pescuezo.  
 No me mateis, no, les dice  
 Con amortiguado acento,  
 Y de rodillas se cae  
 Delante el alcalde obeso.

Palabras no hay que describan  
 Estado tan lastimero,  
 Mirar tan atravesado,  
 Semblante tan macilento,  
 Su palidez, sus arrugas,  
 Sus ojos sanguinolentos,  
 Su calvicie prematura,  
 El ronquido de su pecho.  
 Vése en su frente al delito  
 Que le abrumba con su peso:  
 Vése en él la mordedura  
 De atroces padecimientos:  
 Vése el destrozo de un alma  
 Retratado en aquel cuerpo,  
 Un Orestes, una sombra  
 Escapada del infierno.

Miéntas que helado de espanto,  
 Contempla mudo y suspenso  
 El alcalde las ruinas  
 De un jóven que fuera bello;  
 Un alguacil encendia  
 La lamparilla del templo,  
 Y en el retablo aparece  
 De Jesucristo el aspecto.  
 —Apagadla. Yo, yo he sido:  
 Grita delirante el reo.  
 Ah! no veis como me mira  
 Con aquel ojo severo?  
 No veis vosotros la sangre?  
 Sí, miradla, yo la veo,  
 Por entre las piedras salta,  
 Y venganza está pidiendo.  
 Pero ella vendrá, es hermosa,  
 Vendrá á lavarla con tiento,  
 Porque no le ama, no. Era  
 Maldito su casamiento.

Si gozarla no me deja  
 Le pasaré con mi acero:  
 Es mi rival. Miserable!  
 Yo de muerte le aborrezco.  
 Y ella lavará la sangre,  
 Y los dos le enterrarémos,  
 Y yo gozaré en sus brazos  
 Toda la gloria del cielo.  
 Qué importa? Soy asesino.  
 La venganza es un recreo...  
 No veis que tambien su sangre  
 Por la plaza va bullendo?  
 Tambien aquel Dios se venga,  
 Me devora con un fuego,  
 No tiene misericordia...  
 Su luz se estinguió al momento.  
 ¿No es verdad, hermosa mia,  
 Que entre mis brazos te tengo,  
 Mientras duerme el insensato  
 Entre sus mantas envuelto?  
 Sus caricias son malditas.  
 Oh que dulces son tus besos!  
 Pero ven, y lavarás  
 De aquella sangre el reguero.  
 Oh qué lámpara!.. Apagadla.  
 No veis su mirar tan fiero?  
 Miradle que me amenaza  
 De arrojarme á los infiernos.

De las muñecas asido  
 Tiene el alcalde al mancebo,  
 Atónito y compasivo  
 Escuchando sus acentos.  
 Fiebre ardiente le devora  
 Con desiguales accesos,  
 Y frecuentes convulsiones  
 Le estremecen todo el cuerpo.  
 Cuando la lámpara hiere  
 Una ráfaga de viento,  
 Y estinguese de improviso,  
 Y súbito clama el reo:  
 —Nó, no hay perdon para mí.  
 Veis como lo dice el cielo?  
 Y en un horrible desmayo  
 Caen el infeliz mancebo.

T. A.





# Palma

## EN EL SIGLO XV.

Si alguno de nuestros abuelos despertara de repente dentro los muros de su patria, y se animara su polvo que acaso carece ya de tumba disperso y confundido; ó si retrocediendo el tiempo cuatrocientos años, se reconstruyera á los ojos de uno de nosotros la antigua ciudad, que tambien es polvo casi toda; cualquiera de los dos se creyera extranjero en su propia casa, y dudara en reconocerla, como dudan al encontrarse dos compañeros de infancia crecidos en pais remoto y apartado. En vano respirara bajo el mismo cielo, y viera el mismo mar encerrado dentro los dos cabos de la bahía que se estienden suavemente como en acto de abrazarlo; en vano hallara siempre á Palma inmutablemente sentada entre los montes de occidente y la llanura de levante: algunas paredes y algunas fábricas variarían á su vista el horizonte: ¡tal es el sello que las obras del hombre imprimen á la naturaleza, y el modo con que su mano, sin nivelar los montes ó secar los mares, sabe trocar su faz y animarla diferentemente!

La ciudad no se descubriera entónces sentada todavía sobre sus anchos muros y baluartes como sobre un vasto pedestal, sino que parecia asomada á un estrecho muro empujado muchas veces en las casas y edificios que circua, flanqueado con algunos redondos torreones, y semejante en forma y color, á las oscuras y macizas paredes del Temple, que formaban en aquella época parte de la fortificación. El mar, que la servia de defensa al mediodía, estrellaba sus olas al pié del altísimo mirador, sobre el cual descollaba la gran Catedral en la mitad de su fábrica entre los dos palacios Real y Episcopal, uno á su derecha y á

su izquierda el otro, símbolo de los dos poderes que velaban sobre ella y dirigian la sociedad. Las puertas eran entónces numerosas, porque el derecho de entrada no estaba aun, por decirlo así, estancado en algunas de ellas, pues ni se necesitaban soldados que las defendiesen ni guardas que vigilasen, ni los centinelas y exactores de contribuciones eran los primeros huéspedes que acogiesen al viajero. Dos puertas habia que daban sobre la ribera; la del Muelle de la cual la presente es segunda sucesora, y la del Mar ó Calatrava cuya construcción, á falta de otras noticias, revela su antigüedad. Las del Campo y de san Antonio dominaban la fértil vega cubierta de huertos y caseríos; la Pintada, entónces *Nueva*, se abria al norte, recién construida en reemplazo quizá de la *del Esvahidor* cercana á Santa Margarita que recuerda con su título la marcha triunfal del Conquistador, y el esterminio de los moros en el último dia del imperio de la Almu-dayna. Mas allá estaba la puerta, hoy de Jesus, con su triple nombre de *Barbolet* como los árabes sus señores la llamaban, de puerta *del Barranco* que formaban las altas peñas entre las cuales resbalaba la Riera, y de *Plegadissa* quizá por ser la primera que giró sobre sus goznes, sin caer desde lo alto por hendiduras ó canales abiertos en la piedra segun el uso de los moros. Por último descubriase al poniente la de *Portopi*, que en aquel siglo habia tomado ya el nombre de Sta. Catalina del hospital bajo de ella edificado, pero ya no conducia como ántes á un vasto arrabal de mas de dos mil pasos de estension, y á un seguro puerto emporio del comercio, porque Portopí cegado insensiblemente no podia ya dar asilo, cual un tiempo, á trecientos buques mayores de la isla, porque no habia ya doce mil marinos que poblasen todo el espacio que media entre el puerto y la ciudad, y porque el astro de Mallorca habia eclipsado su esplendor desde que pasó á ser satélite de otro astro, para alumbrar al cual se consumia.

Sin embargo no fué esta época tan infeliz que no se debiese á ella el magnífico edificio



de la Lonja (\*) bajo la dirección del arquitecto Sagrera, soberbio monumento de nuestra prosperidad y comercio que no se erigió sino cuando este iba ya decadente y moribundo. Naciones varias é industriosas frecuentaban este puerto todavía, en especial los italianos, muchos de cuyos pueblos tenían su lonja particular, como los Genoveses en el solar que ocupa la iglesia de la Merced, los Placentinos en el que es ahora oratorio de S. Felío, y los Venecianos en la calle del Mar. La ciudad iba poblándose y embelleciéndose entretanto: los dilatados huertos que en sus muros encerraba se convertían en casas, y los fúnebres cementerios que ántes yacían al lado de cada parroquia, cediendo lugar á las habitaciones de los vivos, salían fuera por los alrededores. Estos se cuajaban de casas y de jardines en una época en que los árboles venían á besar las murallas, y en que la misma colina del castillo de Bellver se vestía de frondosas vides; porque la pólvora todavía no generalizada no había dado origen al nuevo arte militar que deja desnudos y yermos los contornos de las plazas como campos consagrados á la estéril divinidad de la guerra.

En el centro de Palma y dominando el mar existía la ciudad antigua con el nombre de Almudayna, respecto de la cual el resto de la población no era mas que arrabales, y que en su origen y su posición recuerda á la Cité de París. Tenía sus muros y sus puertas particulares de las que resta una todavía junto á la calle de Morey, y existía otra entonces en Cort llamada la vuelta Pintada. Dentro del recinto de la Almudayna, que aparece escesivamente poblado, y que se distingue cuidadosamente de lo demás de la ciudad en los instrumentos públicos antiguos, se hallaba el palacio Real que un ciudadano del siglo XIV no desconocería en la actualidad, la Catedral, el convento de santo Domingo, y la casa de los Jurados, fundada la mitad sobre el hospital de S. Andrés y la otra mitad sobre la habitación de los caballeros de S. Jorge, y que no decoraba aun la plaza

(\*) Desde 1290 se habían comprado con este objeto á Pedro Ribalta por docientas libras unas casas que poseía junto la puerta de la Atarazana.

de Cort con su magnífico frontispicio del siglo XVI. La Catedral carecía también de su fachada de un gusto tan severo, pues no estaba entonces sino á las dos terceras partes de su fábrica, y el suelo que cubren las bóvedas de sus tres últimos arcos formaba un vestíbulo ó claustro, y parte de la plaza que llamaban *del Padron*.

Otro barrio había que conservaba también su cercado y su fisonomía particular, tal era el de la Judiaría ó Calatrava, hasta la conversión de los Judíos en 1455, en que con sus creencias cesó toda división, y desapareció el edificio que llevaba el nombre poético y oriental de la *Torre del buen Amor*, y que prestara último asilo á la Sinagoga, desde que las dos que tenían habían sido transformadas una en el oratorio de *San Bartolomé*, hoy de las Monjas de la Misericordia, otra en el de *Nuestra Señora de Montesión*, al cual iba unido un colegio de estudiantes. Contábanse otros muchos oratorios, pero las iglesias no eran sin embargo tan numerosas como en el día, y de las que existían muchas nada tienen de comun con las presentes sino el nombre y el local. Los caballeros del Temple y del Sto. Sepulcro habían ya desaparecido de sus casas, y los Padres de la Penitencia de la calle de Bonayre. De las cinco parroquias que repartían la ciudad, no existen intactas del modo que en los primeros años del siglo en que nos hemos colocado sino las de Sta. Eulalia y de Sta. Cruz, hermanas ambas de la Catedral, la primera por haber nacido á nuestro juicio junto con ella, y hecho sus veces por algún tiempo luego de concluida, la segunda por haberse construido con piedra de la misma cantera; San Nicolás *el viejo* tenía por entonces los honores de parroquia de su distrito, y de los antiguos templos de S. Jaime y de S. Miguel nada resta sino la torre piramidal del último con su ángel gigantesco por cima. Las monjas no oraban en otras iglesias todavía que en la de Sta. Margarita, de Sta. Clara y de Sta. Magdalena, alternativamente hospital, casa de arrepentidas y convento, y las Beatas terciarias en la de S. Gerónimo; ni se veían por



las calles discurrir otros religiosos que los Dominicos, Franciscanos, Carmelitas y Trinitarios; porque el solar del convento de Agustinos aun se cultivaba para huerta en aquel siglo; porque traficaban los genoveses donde los Mercenarios habian de trabajar despues para la redencion de cautivos; y eran casas de placer y de pecado las que debian dar asilo á los penitentes Capuchinos; y donde han morado los Mínimos al pié de la cuesta de la Catedral, entónces *d'en Adarro*, hacian oír dos batanes su estrepitoso rumor. Este solar está de nuevo desocupado, y á su lado se estiende yermo tambien el del grandioso edificio de Santo Domingo que con su desaparicion ha dejado en la ciudad el mismo hueco que deja un rey en su imperio y un hombre grande en el universo. Quién llenará este vacío? y si los siglos se juzgan por sus obras ¿qué se construirá en él, digno del siglo XIX?

Pero ningun sitio ha sufrido quizá tanta alteracion, ni fuera tan difícil de reconocer como la parte baja de la ciudad llamada desde el repartimiento la parte de los catalanes, (\*) y habitada casi exclusivamente por marinos. Altos ribazos la separaban de la de arriba con la cual se comunicaba solo por algunas cuestas rápidas y pendientes. Nuestros elegantes al correr eternamente del Borne á la Rambla, no saben acaso que el suelo que pisan sombreado de hermosos árboles servia de pedregoso lecho á la Riera, que escarpados peñascos ocupaban el lugar del Teatro y de las casas circunvecinas, y que aquel menguado torrente que se pasaba por lo regular á pié enjuto, y cuyos puentes eran inútiles casi siempre, se encrespaba á veces con horrendo mugido, convirtiendo en mar las anchas plazas, é inmolando á su furor en cortos instantes mas de 5000 personas. En el siglo XV sobre todo, despues de la terrible catástrofe de 1403, y de las inundaciones ménos violentas de 1407 y 1444, se dejaban ver los estragos en toda la estension del *Plá del Cár-*

men, Mercado, Borne y barrios de S. Nicolas; pero las casas renacian luego al lado del peligro, como Herculano á los pies de un volcan. En recompensa debe la ciudad á la Riera el ensanche de su terreno, pues con la tierra y malezas que arrastraba en sus avenidas cegó el golfo llamado *la mar pequeña*, que penetraba un tiempo hasta el Cármen, y que lamiendo los cimientos de las habitaciones presentaba en aquella parte una imágen de Venecia.

La fisonomía de los edificios retrataba el carácter de aquel siglo, y el espíritu de sus habitantes; el lujo y la grandiosidad vencian dó quiera á la comodidad y pulimiento. Casas grandes y calles estrechas; al revés de lo que se pide ahora. Miserables y deformes casuchas al lado de suntuosas moradas; época de los contrastes, y del exceso del abatimiento y de la opulencia; de mendiguez en los proletarios y de patronato en los nobles. Las casas de estos eran altas, desnudas de blanqueo cual convenia á su gallardía y solidez, y de un aspecto severo y parecido al de una fortaleza, sino fuera por las ventanas ojivas que en número no excesivo la decoraban con sus esveltas columnas y graciosos arabescos, que han desaparecido ante las ventanas cuadradas con sus vidrios y persianas correspondientes. Nosotros pretendemos juzgar del gusto y del esplendor del siglo XV, por algunas tapias viejas y desmoronadas, sin atender á las injurias del tiempo, ni á las injurias aun mas crueles de los hombres que modifican, reforman y profanan la primitiva idea del arquitecto, y la insultamos cobardemente como á un héroe á quien los años han arrebatado el vigor del cuerpo y la belleza de la juventud. ¿Qué será de nuestros pintados edificios, y de nuestros lustrosos muebles en su vejez?... Pero no, nuestros muebles y edificios no tendrán vejez.

Y si consideramos animada por sus habitantes esa ciudad que hemos reconstruido hasta aquí, los veriamos agitarse por las calles con su ancha gavadina, calzon corto y gracioso sombrero, que junto con su animada y conocida fisonomía, nos los haría fácilmente distinguir de la multitud de catalanes, vizcainos, sardos é

(\*) La calle *u' eis Oms* se llamaba de *Lérida*, la *de's Saixs* la partida de *Barcelona*, y así de otras.



italianos que acudían á todas horas; veríamos ciudadanos montados en sus mulas, y caballeros en sus caballos, tropas de sirvientes y tropas de mendigos, traficantes que pregonaban sus mercaderías, marinos que anunciaban la salida de su nave, ó reclutaban gente para el armamento de una galera, sacerdotes y religiosos entre el tropel de esclavos moros, ó de joyeros judíos, misiones austeras junto á báquicos é insensatos festejos, mugeres alegres y mundanas al lado de mugeres penitentes que se azotaban; por todas partes el vicio y la virtud igualmente triunfante y ostentosa. Nada entonces era aislado é individual; los caballeros, los ciudadanos militares, los artesanos divididos en gremios con sus armas y bandera cada uno formaban su hermandad particular; y las disensiones y partidos de aquellos tiempos, de cuyas resultas vemos puestos en bando frecuentemente en su historia muchos apellidos ilustres, fomentaban aun otros vínculos y asociaciones que las reconocidas por la ley. Estendíanse á veces las discordias á la Iglesia y al Estado entre sí sobre los límites de ambas jurisdicciones, y entonces aunque no tan frecuentemente como en el siglo XVII, se veían templos cerrados por el entredicho, ó resonaba dentro de ellos el anatema, al cual respondían á fuera las autoridades civiles con el bando de destierro y de ocupacion de temporalidades. Los pregones se celebraban con gran aparato y acompañamiento de trompetas, atabales, bombardas, cornamulas y chirimias para anunciar la paz ó la guerra, un nuevo privilegio ó un nuevo impuesto, suntuosas fiestas ó solemnes funerales; y esa estraña y ruidosa armonía oíase con frecuencia, porque era el único medio de comunicacion entre las autoridades y los súbditos, y no se habia aun inventado el arte que multiplica tan fácilmente los bandos ó las proclamas. Verdad es que aquel pueblo, que otros deberes no conocia que el de obedecer, ni otros derechos que los que pagaba, raras veces tenia sus pujos de soberano, ni sus gobernantes se los hubieran permitido fácilmente, pues que unas horcas en la plaza de Cort y el amago de justicia bastaban para

calmar las turbulencias y asegurar el imperio de la ley. (\*)

Una clase existia entonces digna de atencion, y era la de los esclavos, verdaderos ilotas, que así servian de criados domésticos como de labradores y hortelanos. Resto algunos de ellos de los moros que despues de la conquista se sometieron á la dura ley de los vencedores, y cautivados los mas en represalias de las piraterias de los sarracenos, eran temibles en su número á la ciudad, y dignos de especial vigilancia, para lo cual se destinaba una ronda bajo las órdenes del *cap de guaita*. Aunque llevaban el nombre y las insignias de cristianos á veces, díscolos siempre y enemigos, mas de una vez profanaron los templos, asesinaron á sus amos, y atentaron al lecho de sus mugeres, dando no poco que hacer al verdugo. Este personaje conocido con el ridículo epíteto de *morro de vaques* y espantoso con su vestido de rojo y de amarillo, color de sangre y de infamia, debia sin duda enriquecerse, segun las frecuentes partidas que vemos libradas á su favor, si bien su oficio era variado y algo difícil, pues sogas, hachas, fuego, tenazas ardientes, capacetes de hierro encendido, garruchas para descuartizar, todo lo manejaba con igual primor. Y esa espantosa variedad que tenia la justicia en sus formas de muerte la tenia en los lugares tambien, pues ella ocupaba los caminos reales y las puertas todas de la ciudad, adornándolas despues con horribles trofeos de miembros y de cabezas; ella encendia las hogueras ante el ameno campo de la puerta *Plegadissa*; ella fijaba su asiento en las plazas de Cort, del Padron, de Santa Eulalia, del Muelle y de San Antonio; hacia teatro del suplicio al que lo habia sido del crimen, diseminando los miembros vivos del delincuente por los lugares de su delito; y como si no le bastara la ciudad entera,

(\*) El documento que nos ha dado margen á esta observacion dice así: A 9 de Janer de 1408... doní 12 sous per metra unas forquas en la plassa de la Cort ab dogais ont penjaren la destrai é artifici d' escapsar, é assó de manament del noble Moss Roger de Moncada Gov. de Mallorques per donar terror á molts qui manessavan emburiar la elecció faldora dels Jurats la vigília de Nadal, las quals forquas s' y foren mesas duas vegadas.



penetraba en los frondosos jardines del Palacio, para colgar á un reo de sus paredes, ó anegar una bruja en su estanque. Nada nos estremece tanto como ver en un libro de datas, el valor de la fruta que se vendia del *Huerto del Rey* y de las colchas, quesos, cera y conservas que cada año se remitian al monarca de Aragon, junto al de la cuenta del verdugo, el de una hoguera que se encendia para luminarias, al lado del de la hoguera de un suplicio, y todo anotado fria é impasiblemente, la vida y la muerte igualmente reducida á moneda.

Y sin embargo aquel mismo pueblo era el que reia, y se holgaba, y se reunia en fiestas, cuya profusion y grandeza se nos hace difícil ahora el creer; y elevaba magníficos templos llenos de magestad y recogimiento; y producía estatuas y pinturas, aunque imperfectas segun el arte, respirando austera inmovilidad ó angélica pureza, y cantaba letras y tonadas, cuya sencillez y melancolía, si por dicha las oimos, nos encanta y trasporta. Todos los monumentos que nos ha dejado aquella generacion se resienten de cierta grandiosidad y sencillez, de cierta calma y monotonía, que respiran al parecer eternidad. Oh! sin duda debió ser muy feliz, ó muy resignada, que es lo mismo, y aun mejor.

Oh! quien por un dia un año no diera,  
De tantos que valen apénas un dia,  
Las cosas y gentes por ver de otra era;  
Y un siglo completo en él viviria?

J. M. Q.



No escondas, o Luna, la tu fermosura,  
De aquesse fiublado so el negro antifaz,  
A guisa de dueña, que moza es asaz,  
E pierde a deshora marido e ventura.  
Magüer que cuytada, la mi anima cura  
Fallar buen conhorto con la tu semblanza,  
Ca tu gentileza me tray la membranza  
De aquella que torna solaz mi tristura.

E mientras te miro seyendo tan bella,  
O Reyna fulgente de la humida noche,  
Non cuydo que fagan al tuyo reproche  
Nin rayos de Febo, nin lumbre de estrella.  
E paro las mientes pensando en aquella  
Que en gracia e donayre non tiene pareja,  
Ca sola en la tierra tu lumbre refleja;  
E vieneme cedo cobdicia de vella.

Entonce grand pena mis brios atura,  
De brava congoja me siento ferido,  
Ca lueñe soy della, su luz me ha tollido,  
E fincan mis ojos en grand lobregura:  
Magüer que cendrada la llama fue pura  
De aquel amorio que fizo mi gloria,  
Bien como la tuya no mista de escoria  
En ti resplandesce e tus cuernos abura.

¿Cuydáras, o Luna, que tan denostado  
Seria quien ama de tan buen talante?  
Plañiendo mezquino, se ve mal andante  
Quien sobra en amores á los que han amado.  
La apuesta doncella que adoro mal grado  
Non tiene mancilla de tanta sofrenia.  
Oh! trueca, enemiga, la tu mal querencia  
En tierno suspiro e farásme pagado.

Percata siquiera la vida amargosa  
Del home que nunca te fizo denuesto;  
Tamaña crüeza non cale a tu gesto  
Nin debe ser dura la que es tan fermosa.  
De los mis falagos non fuyas porfiosa;  
E si te adolescen mis cuytas sin cuento  
Semeja esa Luna que en su mudamiento  
Se tuelle lo escuro, e se faz luminosa.

T. A.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.